LA HERENCIA DEL CONDENADO

por José León Cano

autor de «LA CABEZA DE MAMA», «EN LA CRIPTA DEL JARDIN», «EL RUBI DE LOS SIETE ANILLOS», «HOTEL AMSTERDAM, HABITACION 231», «VAMPIRO», «LA VENGANZA DE ZANASETH» y «LA PROTEGIDA DE ZIYAGH»

Recientemente tuve necesidad de viajar a una vieja ciudad europea por motivos profesionales. Cuando uno vive de lo que escribe, no siempre puede albergarse en los mejores hoteles, y mi situación económica, en aquellos momentos, no me presentaba más opción que buscar alojamiento en una pensión de tercera. Lo encontré en un mal fonducho del barrio latino. La habitación, húmeda y destartalada, disponía de uno de esos armarios enormes y oscuros, lleno de recovecos, tan propicios a que los viajeros se dejen olvidadas en ellos algunas menudencias. Reconozco que es una especie de cleptomanía pueril, pero siempre que me encuentro con uno de esos armarios investigo en sus rincones más ocultos. Generalmente, mi búsqueda se ve recompensada por el hallazgo de un botón roto o, todo lo más, una caja de cerillas. Pero en esta ocasión tuve más suerte. Subido a una silla descubrí en el techo del armario, cubierto de polvo, un cuaderno de tapas negras. Me resultó nuevo y sorprendente. Contenía un inquietante diario, anónimo, cuya lectura me puso los pelos de punta. Es el que, a continuación, transcribo en toda su integridad.

18 de abril de 1978

He pasado toda la noche en blanco. Encima de la cama flotaba una presencia atroz, invisible, algo que parece hecho de la substancia de las sombras. En vano he tratado de olvidar lo que ocurrió anoche. Una y otra vez acuden a mi mente imágenes abominables. Me dejo impresionar con demasiada facilidad. Más de lo que me imaginaba. Asistir a la sesión espiritista de anoche ha sido un gran error. Pero ya es tarde. Siento planear sobre mi mente una oscura amenaza y no puede hacer nada por evitarlo.

Me senté a la mesa escéptico, pensando que iba a divertirme mucho, a costa de siete histéricos, en cuanto empezaran a aparecer los «espíritus». Creía que estos juegos de salón decimonónico estaban absolutamente «demodées» y trate de ocultar cuanto pude los sentimientos irónicos que me inspiraban aquellos ritos iniciáticos propios de deficientes mentales: concentración, invocación, trance mediúmnico y demás ceremonias dignas de ser estudiadas por los psiquiatras.

Pero cuando formamos «la cadena», extendiendo las manos sobre la mesa, mi espalda comenzó a estremecerse, sacudida por una tensión creciente que llegó a hacerse difícilmente soportable. Sentí como si alguien hubiera acercado una cerilla encendida a mi nuca y la estuviera bajando, despacio, a lo largo de la columna vertebral. La sensación llegó a hacerse tan real que volví la cabeza, temiendo ser víctima de una burda broma. No había nadie detrás de mí.

No pude reprimir el temblor de mis manos y sí, a duras penas, las probables

manifestaciones de mi creciente angustia. El instinto me decía que algo extraño pugnaba por invadirme. Sin embargo fue más fuerte el sentido del ridículo. Un individuo pretendidamente racionalista como yo no podía levantarse y salir huyendo, con el rabo entre las piernas, por creer que la agobiante presencia de un improbable «espíritu» intentaba posesionarme de su persona.

La médium, con los ojos en blanco y la voz adormilada, advirtió que «alguien» había acudido a la invocación. En ese momento se desprendió un cuadro de la pared y el cristal se rompió con estrépito. Sentí ganas de gritar, pero algo me tenía paralizado, como al resto de los participantes. Casi me tranquilizó la idea, sugerida por algunos investigadores, de que la tensión emocional creada en este tipo de experiencias era capaz de generar fenómenos paranormales, sin que por ello hubiera de creerse necesariamente en los «espíritus». Pero una creciente náusea aceleraba el ritmo de mi respiración.

La médium pareció advertir el contradictorio curso de mis pensamientos. Abrió los ojo y, sin decir nada, me miró. Había en su gesto una mezcla de cordialidad, comprensión y conmiseración. No pude soportar su mirada y, aturdido, bajé la cabeza. Entonces explotó una de las bombillas de la lámpara apagada del techo y los trozos, extrañamente reducidos a polvo, vinieron a caer junto a mis manos. Creí que mis nervios se romperían de un momento a otro, pero mis manos seguían pegadas como imanes a la mesa.

–No se alarmen –susurró apenas la médium–, estamos en presencia de una fuerza poderosa, pero no necesariamente negativa... Noto que algunas personas están entrando en trance, y alguna se resiste a hacerlo... No es bueno oponer resistencia... Dejad que las cosas sigan su propio curso.

Siguió un momento de profundo silencio, casi absoluto a no ser por nuestras pausadas y sincrónicas respiraciones. Había dejado de oponer resistencia y una niebla obnubilada, sonámbula, me anestesió el cerebro. Cerré los ojos y, distendido, me sumí en una paz reconfortante. Pero al abrirlos descubrí horrorizado, que los restos de la bombilla, reducida casi a polvo, habían formado sobre la mesa la figura de una cabeza humana en cuyos rasgos, enteramente, me reconocí. Aquella inexplicable configuración tenía la boca desencajada y los ojos abiertos, y creí advertir en ello las señales de una muerte violenta.

Sobreexitado, tuve un ataque de locura. El horror me hizo hervir la sangre. Probablemente grité, aunque no lo recuerdo con claridad. Sí, en cambio, que me levanté bruscamente de la mesa, ante la mirada atónita de los reunidos, y corrí a la calle, escaleras abajo, como si el aire me faltara. Luego caminé largas horas en la noche, en busca de un asomo de paz, mientras me maldecía una y mil veces por haber asistido a aquella sesión espiritista.

20 de mayo de 1978

Me alivia escribir, aunque el tema de lo que escribo sea tan horrible. Siento que me estoy partiendo en dos, o más exactamente, que una parte de mi espíritu se fuera debilitando paulatinamente para dejar paso a algo cuya naturaleza no conozco, pero cuyas manifestaciones increíbles me hacen pensar en la espantosa fragilidad de la mente humana.

Algo extraordinario me está sucediendo. Esta mañana, al despertar, escuché un leve crujido sobre la mesilla de noche. Volví la cabeza y descubrí un objeto que yo no había dejado allí la noche anterior. Se trataba de un anillo de no sé qué metal, puesto que aparece sumamente herrumbroso, como si hubiera permanecido bajo tierra largo tiempo. Ignoro cómo ha podido llegar este objeto hasta mi mesilla de

noche, pero me estremece imaginarlo.

Me repugnaba cogerlo, tenía miedo de sentir su contacto. Al hacerlo tuve la viscosa sensación de estar tocando un cadáver. Rugoso, frío como la piel de una serpiente, el negro anillo tiene una especie de tapa que en otro tiempo se abriría oprimiendo un pequeño resorte. El resorte ha desaparecido, y no hay más que levantar la tapa para descubrir lo que oculta en su interior. Es un diminuto trozo de tela que ostenta una mancha de color pardo, casi negro. Tiene todo el aspecto de ser sangre coagulada. Sospecho que su propietaria (se trata de un anillo femenino) quiso conservar de esta forma el trágico recuerdo de una persona muy querida. No sé que tiene que ver este anillo conmigo, ni porque ha llegado a mi poder. Quisiera desprenderme de este objeto, arrojarlo al mar, pero el terror me paraliza, y no me atrevo a moverlo del sitio donde apareció. He colocado un pañuelo sobre él para no verlo cada vez que voy a la cama.

25 de mayo de 1978

No me gusta el rumbo que está tomando mi vida. No consigo aplastar el recuerdo de lo ocurrido durante la sesión espiritista. Me están apareciendo escoceduras en las muñecas y en los tobillos. Supongo que se trata de una manifestación psicosomática motivada por la tensión que vengo padeciendo. O eso es, al menos, lo que trato de hacerme creer a mí mismo. Es absurdo que me plantee seriamente esta disyuntiva, pero no se si consultar a un médico o a un sacerdote. Un exorcista... No creo que me atreva nunca a una cosa u otra. Sería como reconocer que me estoy volviendo loco. Sólo puedo confiar lo que me pasa a este diario. Está empezando a hacer calor, pero sigo usando camisas de manga larga. No quiero que nadie vea las marcas de mis muñecas.

27 de mayo de 1978

Mis sueños han dejado de pertenecerme. Tengo la impresión de que alguien sueña por mí, reproduciendo en mi cerebro las imágenes de sus propias angustias.

Anoche soñé que me encontraba encerrado en una mazmorra, sujeto de pies y manos por gruesos grilletes. Vestía jirones de ropa suave, posiblemente seda, y tenía la intolerable certeza de que pronto me iban a matar. La absoluta nitidez de los objetos percibidos hacía que la pesadilla fuese menos soportable. Había algo de comida nauseabunda sobre un enorme plato de barro rojo, a mis pies, y a su lado en una jarra del mismo material, alguien había tenido la caridad de proporcionarme un poco de vino. Bebí despacio del vino fuerte, áspero, y al hacerlo mis ojos se llenaron de lágrimas, porque aquella era seguramente la última vez que lo probaba. Me desperté llorando y al mirar el techo, en la penumbra de la madrugada, continuaba percibiendo con alucinante claridad los pormenores de la celda, la lóbrega estrechez de sus dimensiones, la mínima iluminación proporcionada a través de los cuatro barrotes de la ventana, y me invadió una lacerante sensación de soledad, como si todos los seres vivos, presintiendo mi próxima muerte, me hubieran abandonado.

Es difícil renunciar a la vida, por muy desdichada y horrible que se presente. Y aquel individuo que protagonizó mi sueño (¿o era yo quien interpretaba un sueño suyo?) parecía haber sufrido toda clase de vejaciones, pese a lo cual se aferraba tenazmente a las miserias de este mundo. Así comprendí cuando, al secarse mis lágrimas y tranquilizarse un poco mi espíritu, recordé otras circunstancias del sueño. La puerta de la mazmorra se había abierto y un individuo increíble entró portando el jarro de vino. Enano, desmesuradamente grueso, cubría su

desproporcionada cintura una especie de gran faja verde, bajo la cual llevaba un calzón corto, hasta la rodilla, de finas listas blancas y negras. Desnudo de pecho y pantorrillas, adornaba su cabeza con un gorro frigio sobre el que había prendido la escarapela tricolor. Al acercarse al encadenado, a través de cuyos ojos presenciaba yo la escena, depositó la jarra en el suelo y, una vez incorporado, le dirigió una sonrisa siniestra, al tiempo que deslizaba despacio, malignamente, su dedo índice por el cuello. Luego cerró la puerta tras de sí y el golpe se hundió en mi corazón como una larga cuchillada.

30 de mayo de 1978

He decidido marcharme al campo, en busca de una brizna de paz. Se ha acentuado el enrojecimiento de mis muñecas y tobillos , pero no es esto , desgraciadamente, lo único que me preocupa. Esta mañana, al mirarme en el espejo, descubrí con asombro el excesivo aumento de mis canas. El pelo se me está quedando casi enteramente blanco. Siento haber envejecido años en pocas semanas. Fui a la carnicería del pueblo, pero no pude comprar. La visión de la carne cortada, sanguinolenta, me sugería imágenes espantosas. Inventé la excusa de no llevar dinero suficiente, y abandoné rápidamente el establecimiento. Me vino un sudor frío y tuve ganas de vomitar. Me gustaría tener bastante valor para poder contar a alguien lo que me pasa, pero ningún ser humano podría comprender lo que yo mismo no comprendo. Al acercarme a casa vi un hermoso gato blanco que dormía despreocupadamente a la sombra de un árbol.

Me acerqué a acariciarlo, pero antes de que pudiera hacerlo despertó bruscamente, presintiendo mi cercana presencia. Se arqueó de un impulso, se le erizó la piel, me mostró los dientes y sacó las uñas. Jamás he visto tanto miedo en los ojos de un animal. Luego soltó un bufido y echó a correr a toda velocidad.

La angustia que me proporcionaron estos hechos fue tan insoportable que quise aliviarla escribiéndole una carta a mi hermana. No sabía qué decirle. Decidí al fin proporcionarle algunas noticias intrascendentes de mi persona. Escribía sin prestar a este ejercicio demasiada atención, absorto en la fascinación del canto de los pájaros, y mi tensión pareció aflojarse. Luego me dispuse a repasar lo escrito, y al hacerlo se me heló la sangre: la carta estaba escrita en francés, idioma que desconozco, y sus rasgos no eran los míos.

Es espantoso, pero cada vez que trato de buscar una explicación coherente de lo que me está sucediendo, aunque desespere en encontrarla nunca, se me viene a la cabeza la imagen de la bombilla rota, junto a mis manos y la horrible figura que en aquellos restos descubrí.

2 de junio de 1978

He vuelto a la ciudad. No sé muy bien por qué, puesto que soy incapaz de soportarme en ninguna parte. Entré en una iglesia, cosa que no había hecho desde la adolescencia. El olor del incienso y la música del órgano me reconfortaron. Entendí entonces que este horror que me posesiona tiene su origen en una perturbación de carácter moral, y recordé, una a una , a todas las personas que en el pasado sufrieron por mi culpa. Vi que el número de esas personas era mucho mayor, aplastantemente mayor, que el de aquellas que se vieron favorecidas por mi bondad, y lloré en abundancia, procurando que nadie viera mis lágrimas. No soy un hombre creyente, ni religioso, pero creo que el curso de los acontecimientos desgraciados de una vida obedece al cúmulo de sevicias, egoísmos y agresiones de las que hicimos víctimas a nuestros semejantes, y que a veces el mal acumulado

adquiere tanto peso que ya no es posible equilibrar el fiel de la balanza. Ese es el infierno, y en él estoy hundido, por mi propia culpa y por la de nadie más.

Al salir de la iglesia, con los ojos enrojecidos, comprobé que las gafas me molestaban, cosa que ya me había ocurrido con menor intensidad en días anteriores. Al quitármelas descubrí que la miopía había desaparecido, pero no supe si alegrarme o entristecerme, ya que tuve la impresión de que no era yo quien miraba, de que aquella espléndida nitidez no me pertenecía. Era como si alguien, a través de mis ojos, estuviera contemplando el mundo por primera vez, tras una larga oscuridad de siglos.

Al llegar a casa tuve un momento de rara exaltación. Obedeciendo a un fuerte impulso, desusado en mí, cogí un lápiz y una hoja de papel y me puse a dibujar. No era a mí, evidentemente, quien obedecía la mano, puesto que soy incapaz de plasmar algo más que monigotes. Apareció así un dibujo extraordinario, de magnífica factura. Era una joven rubia, serena, sonriente, de rasgos aristocráticos, escotada al estilo del siglo dieciocho, que portaba en su mano derecha un anillo de hierro. Había en aquel rostro una deliciosa expresión de amor. Pero debajo, mi mano había escrito una dedicatoria, y supe, al traducirla con ayuda de un diccionario, que aquella expresión no estaba dirigida a mi persona: «A Phillipe... Courage, mon chèrie. Nous sômmes déjà la mêmme chose dans la éternité. Pas de peur au delà mort». (Valor, querido mío. Ya somos la misma cosa en la eternidad. No existe el miedo más allá de la muerte). La dedicatoria estaba firmada por Louise Armand y fechada el 3 de junio de 1790.

Mañana es tres de junio. Me aferro a la noche, la respiro despacio como si de esta forma pudiera detenerla, pero nada ni nadie puede torcer el curso de los acontecimientos. Ojalá no regresara nunca la luz del sol.

Aquí termina el diario, escrito sin duda por un esquizofrénico, aunque esta palabra, «esquizofrénico», no es más que una etiqueta tranquilizadora de la medicina oficial. Porque no sabemos, y tal vez no lleguemos a saber nunca, de dónde proceden esas misteriosas y poderosas imágenes capaces de escindir una mente humana. Examinado desde un punto de vista meramente clínico, este diario carece de importancia. Pero la historia que en él se contaba me resultó tan fascinante que me propuse encontrar su final. Evidentemente, la clave estaba en una fecha, la siguiente a la última contenida en el diario.

Me fui a una hemeroteca y pedí los periódicos correspondientes al 3 de junio de 1978. Descubrí que ese día, en una popular estación de metro, un hombre de quien no se daban más señas que sus iniciales, L.E.F., había sufrido un desvanecimiento con tan mala fortuna que cayó a la vía en el momento justo en que llegaba el tren, «y su cabeza –apostillaba morbosamente el redactor de la noticia– quedó limpiamente seccionada, como si hubiera pasado por su cuello el filo de una guillotina».